

ecuador DEBATE

JUNIO DE 1986

QUITO – ECUADOR



**EMPLEO Y
REPRODUCCION SOCIAL**

11



ecuador DEBATE

FLACSO - Biblioteca

quito-ecuador

ecuador **DEBATE**

La Revista Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular -CAAP-, bajo cuya responsabilidad se edita.

Junta Directiva del CAAP: José Laso Ribadeneira, Manuel Chiriboga, Agustín Armas, Francisco Rbon Dávila, Marco Romero.

Director Ejecutivo: Francisco Rbon Dávila.

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	<i>Suscripción</i>	<i>Ejemplar suelto</i>
<i>América Latina</i>	<i>US\$ 10</i>	<i>US\$ 3,50</i>
<i>Otros países</i>	<i>US\$ 12</i>	<i>US\$ 4</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Sucres 550</i>	<i>US\$ 4</i>

La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre.

El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité editorial

Opiniones y Comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de estos y no necesariamente de la Revista.

El material publicado en la Revista podrá ser reproducción total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.

El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.

ecuador DEBATE

DIRECTOR: José Sánchez Parga

CONSEJO EDITORIAL: Galo Ramón, Mauel Chiriboga, Byron Toledo, Jaime Borja, Francisco Rhon Dávila, José Sánchez Parga.

COMITE DE REDACCION: Alfonso Román, Campo Burbano, Ivan Cisneros, José Bedoya, Guillermo Terán, Juan Carlos Ribadeneira, José Sola, Antonio Pineda, José Mora D.

COMITE ASESOR: Andrés Guerrero, Hernán Rodas, Juan Pablo Pérez, Francisco Gangotena.

DISEÑO: José Mora Domo

DIAGRAMACION: Vladimir Lafebre



Portada:
Grabado de Carlos Rosero

1.500 ejemplares.
Impreso en Talleres CAAP.
Fotomec. e Impresión: G. Acosta.
Composer: Grupo CIUDAD
Centro Andino de Acción Popular.
Quito - Ecuador.

precio: 200 sucres

índice

	Pág.
EDITORIAL	5
COYUNTURA	
DEL "VARGAZO" AL RESULTADO DEL PLEBISCITO ...	10
ESTUDIOS	
ECUADOR: SALARIOS, EMPLEO E INGRESOS 1970-1982	
Alejandro Gutiérrez	15
SUBEMPLEO Y DESEMPLEO EN EL ECUADOR	
Lincoln Maiguashca G.	45
MIGRACION Y FUERZA DE TRABAJO EN EL AGRO SERRANO ECUATORIANO	
Jean Papail	57
EL MERCADO LABORAL URBANO: LA MIRADA DESDE LA REPRODUCCION	
J.P. Pérez Sáinz	77
EL SECTOR INFORMAL URBANO. NOTAS ACERCA DE SU GENESIS Y FUNCIONAMIENTO	
María Mercedes Placencia	93
EL COMERCIO MINORISTA EN GUAYAQUIL, SU PRO- BLEMÁTICA SOCIO-ECONOMICA Y FORMAS DE ORGA- NIZACION	
Guadalupe Rojas Navas	105

ANALISIS Y EXPERIENCIAS

LA MIGRACION TEMPORAL DE OBREROS DE LA CONSTRUCCION A QUITO

Mario Unda 143

CAMBIOS EN LA COMPOSICION DEL EMPLEO FEMENINO EN LA CIUDAD DE QUITO

Mercedes Prieto 155

EL EMPLEO EN LA AGROINDUSTRIA CASO: LA PALMA AFRICANA

Zonia Palán Tamayo 169

EMPLEO JUVENIL Y SU INSCRIPCION SOCIO-POLITICA

Luis Verdesoto 179

DEBATE BIBLIOGRAFICO

URBANIZACION, SECTOR INFORMAL Y POBLADORES

J. Pablo Pérez Sáinz 195

análisis y experiencias

LA MIGRACION TEMPORAL DE OBREROS DE LA CONSTRUCCION A QUITO *

Mario Unda**

“POQUITA TIERRA NOMAS TENIMOS Y POR ESO VAMOS A QUITO A BUSCAR PLATITA”(1).

Las palabras de un migrante temporal de San Isidro de Cajas, que hemos tomado para título de estas líneas, ilustran quizá mejor que cualquier explicación sociológica los resortes de la migración temporal y las relaciones sociales diversas que envuelve. Pero no hablamos —ni nosotros ni el migrante— de la migración temporal en general, sino de una en concreto: la que emprenden, desde el campo, trabajadores que al llegar a la ciudad laborarán como obreros de la construcción; es que la especificidad de cada migración temporal proviene de la particular combinación de relaciones sociales (en el “origen” y en el “destino”) que exprese.

* Artículo escrito para la revista Ecuador Debate No. 11.

** Investigador del Centro de Investigaciones CIUDAD.

- (1) En 1983 y 1984 se realizó en CIUDAD, con la dirección de Amalia Mauro, una investigación relativa a la migración temporal de obreros de la construcción a la ciudad de Quito, cuyos principales resultados están próximos a ser publicados (Amalia Mauro: La migración temporal de los trabajadores de la construcción en Quito). Como parte de la investigación —que contó, además, con más de un centenar de encuestas aplicadas a los migrantes en sus lugares de trabajo— se realizó una decena de estudios de caso de sus familias en los hogares; en su elaboración participaron Hernán Carrasco y Ana María Maldonado (Tigua-Chimbacucho y Quibiyungo), José Salcedo (Conocoto y San Isidro de Cajas) y Mario Unda (Conocoto y Cotacachi). Puede decirse, pues, que se trata de un trabajo colectivo —y no sólo del grupo de compañeros que redactamos los informes, sino, y principalmente, de los trabajadores migrantes y de sus familias. El presente artículo es una versión resumida y ligeramente modificada —en la forma, mas no en fondo— de la nota introductoria que escribí en aquella ocasión para la sección que recogía los estudios de caso.

La frase citada muestra un desajuste producido entre la familia del campesino parcelario y sus condiciones de producción, desajuste que aparece como escasez (relativa) de medios de trabajo (la tierra en primer lugar) y, consecuentemente, exceso (también relativo, pues se remiten uno a otro) de brazos (“poquita tierra nomás tenemos”)(2); revela también el papel compensatorio que tienen los recursos que el trabajador migrante obtiene en la ciudad (“y por eso vamos a Quito a buscar platita”); expresa, en fin, la diversidad de relaciones sociales que entran en juego: de un lado la tierra que se tiene, los medios de trabajo propios, la fuerzas y relaciones que se dominan —y, por tanto, se entienden—; y de otro lado el dinero y su fuente, el salariado; los medios de trabajo ajenos, las fuerzas y relaciones que someten de entrada —a tal punto que sólo se puede “buscar platita” allá donde el mercado laboral lo requiere (o lo permite, “que no es lo mismo pero es igual”)— y, por tanto, no se entienden.

1. EN POS DEL CAPITAL

El 80% de migrantes temporales trabajadores de la construcción viene del campo. La mayoría de ellos de las dos provincias fronterizas de Pichincha (37%); de esta misma provincia llega cotidianamente otro 25% (10% del área metropolitana de la capital). Se desprende de ello que las áreas rurales de las provincias de Pichincha, Imbabura y Cotopaxi constituyen un área de influencia inmediata del capital urbano de la construcción que opera en la ciudad de Quito, son, con más precisión, extensiones de su mercado de trabajo, partes constituyentes de su propia región, entendida esta como un ámbito de relaciones (Coraggio, 1983): aquí también, después de conquistar las tierras —o incluso sin haberlas conquistado del todo— el capital, como todo conquistador, se apodera de los hombres.

(2) Trátase de un desajuste específico, diferenciado de otros que pudieran haberse dado en épocas pretéritas: lleva consigo el signo de los tiempos, expresado en la reciente modernización capitalista de la sociedad ecuatoriana, de las haciendas serranas (hacia los años 50), en los dos “procesos” de “reforma agraria” (1964 y 1973), en la minifundización, en el difícil y a veces imposible acceso de los pequeños campesinos al crédito, a la maquinaria y a otras mejoras. . .

2. LOS RECURSOS

La inmensa mayoría de obreros de la construcción que son migrantes temporales son, a la vez, campesinos parcelarios (Mauro, op. cit.), comuneros o no; y como tales tienen en la tierra (propia, a veces acompañada por la siembra al partir o, menos comúnmente, en terrenos arrendados) su principal recurso, su "instrumento fundamental de producción" (Marx). Un recurso que, por eso mismo, entra activamente en los procesos de diferenciación campesina. Por fraudes, estafas o presiones externas:

"La tierra del cerro quería vender la señora, esa tierra que está bien alto, pero un compañero preguntó en el IERAC y le dijeron que eran tierras del gobierno" (San Isidro),

pero también a través de apropiaciones internas, casi podría decirse que redistribuciones impulsadas muchas veces por familiares, que recuerdan formas mínimas y primitivas de acumulación originaria:

"Era tío de mi mujer, y ellos viendo al papá de la mujer muriendo, ya le quitaron, le mandaron sacando del huasipungo" (Tigua-Chimbacucho).

El traspaso de las tierras también se produce por herencia a la muerte del propietario de la parcela, o por matrimonio de los hijos y la formación de una nueva familia: el resultado siempre toma cuerpo en parcelas menores, desmembradas de la paterna:

"Yo por mi parte ya tengo ocho hijos; mi papá tenía estas cuatro cuabras y yo hijo único, pero ahora ocho hijos, pedacearé todo" (Qubiyungo).

Pero finalmente, por unas vías o por otras, la diferenciación se produce provocando la reducción de tierras cultivables de muchas familias con la consiguiente desaparición (o mengua) de la diversificación de la siembra; en otras palabras, muchos van quedando cada vez más imposibilitados de recurrir a la subsistencia autosuficiente:

“Se acabó terreno aquí”
(Quibiyungo).

La falta de recursos propios obliga a recurrir a los ajenos: a los vecinos más acomodados para sembrar al partir, a los hacendados de la zona, buscando venderles su fuerza de trabajo. . . opciones que se van haciendo siempre más y más difíciles por su precariedad, unas, por la creciente mecanización —ahorradora de brazos— otras. Queda emprender el viaje al mercado laboral urbano:

“Aquí como no hay trabajo toca salir”
(Cotacachi).

El sustento agrícola de las familias campesinas ha sido tradicionalmente complementado con la tenencia de ganado: el ganado mayor es, por una parte, una herramienta de trabajo para el arado; este y otros animales son también fuente alimenticia; por último, su venta permite apertrecharse del dinero necesario para adquirir otros bienes en el mercado o hacer frente a calamidades imprevistas:

“Todo un siempre hemos tenido ganadito”
(Conocoto).

Pero la posesión de ganado está estrechamente ligada con la propiedad de la tierra o con el probable acceso a terrenos baldíos o comunales que pudieran suplirla en el pastoreo. Por eso la comunidad es tan importante, desde estos primeros niveles, para la reproducción de las familias de los campesinos parcelarios. Pese a todo, el empobrecimiento termina transformando los recursos comunitarios en propiedad común de los campesinos menos pobres:

“Arriba en el páramo están unas trescientas hectáreas, nos regalaron, creo; hay parte sembríos, parte paja, chillcu, palo de montaña. Lo más es páramo para ganado: hay hasta para traer, pero en cambio muy pobres son estos compañeritos: algunos no tienen ganado”
(Tigua-Chimbacucho).

La industria doméstica, esto es, la elaboración casera de deter-

minados artículos, básicamente para el consumo familiar pero también destinados al mercado, es otro complemento en las labores productivas de los campesinos. Más en la actualidad su presencia es limitada, vencida por la competencia de la industria moderna, por el cambio de costumbres que vuelve innecesarios productos antes indispensables, por la extracción de trabajadores que perpetra el capital:

“Solo yo tejo. Había unos mayores, pero ya murieron. No hay jóvenes, ya no. Mi hijo también sabe tejer, pero él sale a trabajar a Quito, ya no trabaja aquí. Mis hijas ya no, tampoco. Solo yo, nomás, cuando tengo tiempo. Nada más que obras trabajamos, sólo hechuras: vender no”.

(Quibiyungo).

Así que hoy son pocas las artesanías tradicionales que subsisten y son menos las manos que a ellas se dedican. Sólo se salvan aquellas que tienen más o menos asegurado un mercado local sin competencia (quesos o tejido de bayeta). Distinto es el caso, por supuesto de esas otras actividades artesanales cuya producción se destina a la exportación o al consumo especializado de los turistas o de las clases pudientes (por ejemplo, los cuadros de “pintura ingenua” originados en algunas comunidades de Chimborazo y Cotopaxi).

Florecientes son, en cambio, actividades modernas ligadas a la comercialización o al transporte de los productos propios o de otros campesinos, o a la introducción de instrumentos de trabajo modernos (por ejemplo una motosierra o un pequeño tractor); florecientes por los excedentes capaces de captar, pero limitados a pocos.

3. LAS FAMILIAS

“Hombres y mujeres ya van saliendo”

(Cotacachi).

La migración temporal es una especial semi-expulsión de campesinos parcelarios de sus relaciones de producción. Se origina, como acabamos de oír de labios de los propios migrantes, en la escasez de

recursos. Ahora bien, esta penuria está relacionada con la estructura familiar, es decir, con la cantidad de brazos que (potencialmente) han de trabajar esos recursos y con la cantidad de bocas que esos mismos recursos han de alimentar.

Contrariamente a lo que podría suponerse, las familias de estos migrantes son mayoritariamente (60%) unidades nucleares(3), característica que se complementa con un predominio de familias jóvenes (en el 51% de los casos el jefe de familia tiene 45 años o menos) y poco numerosas (prácticamente la mitad consta de 6 miembros o menos) (Mauro, op. cit.). Estos pocos datos pueden darnos una idea más o menos clara de la magnitud que alcanza el empobrecimiento de unos recursos que no son suficientes para sostener a familias pequeñas que, siendo jóvenes, podrían tornarse más numerosas en un futuro próximo.

La escasez de tierras apropiables obliga a las familias recién constituidas a acceder a parcelas muy pequeñas, generalmente desprendimientos de las propiedades paternas; así desprovistos total o parcialmente de recursos básicos, los campesinos jóvenes son lanzados a buscar su sustento y el de sus familias fuera de la parcela, fuera del trabajo agrícola.

En las familias adultas, por su parte, el trabajo de los hijos que llegan a la adolescencia y a la madurez comienza a volverse superfluo, socialmente innecesario, es decir que despilfarra su potencial productivo al enfrentarse a condiciones de producción tan precarias: en estos casos es frecuente que los propios padres inicien a sus hijos en los avatares de la migración temporal, llevándolos consigo al trabajo de la construcción:

“Hace tiempo siempre bajamos nosotros con mi papá: íbamos temporadas, temporadas. Ahora ya no bajamos por ahí, ahora sólo Quito no más trabajamos”.

(Tigua-Chimbacucho).

En cambio, las familias extendidas, al estar conformadas por más de un núcleo, encuentran la ocasión de turnar entre ellos las responsabilidades principales de la reproducción, incluyendo la mi-

(3) Se considera “familias nucleares” a aquellas compuestas por los padres y sus hijos, sin la presencia de otros parientes o allegados, en cuyo caso estaríamos ante familias extendidas.

gración temporal, de modo que los varones adultos de un núcleo migran mientras los de otro permanecen en la parcela (las transformaciones en la división del trabajo serán mucho menores en estos casos)(4).

Así, pues, estas familias campesinas producen un excedente relativo de población en el momento en que los nuevos brazos no pueden ya "continuar viviendo en el mismo espacio sobre la base de la propiedad ya dada (. . .) sobre la base de las condiciones de producción existentes" (Marx). ¿Cuán excedentes? Lo veremos un poco más adelante.

4. OTROS FACTORES QUE INFLUYEN EN LA MIGRACION TEMPORAL

Junto a los elementos principales que conforman la base de la migración temporal (desde el punto de vista del campesino migrante), existen otros que influyen en ella, ya sea distanciando o acotando los períodos de ausencia o permanencia en el trabajo agrícola o urbano, o provocando variaciones de destino, etc.

Entre ellos podemos señalar las modificaciones que se producen en el papel que la persona desempeña dentro de la estructura familiar; el matrimonio aparece como el ejemplo más claro y puede tender, pongamos por caso, a alejar al migrante de las determinaciones de los ciclos agrícolas, o a modificar los destinos de la migración, o hacerla más permanente. Otro hecho son los progresos que el campesino migrante pudiera realizar en el trabajo urbano: al pasar de peón a oficial, o de oficial a maestro, tenderá a intensificar su permanencia en la construcción. Las responsabilidades que se asumen en la organización comunal, en cambio, provocarán una ruptura en la rutina migratoria, pues las constantes salidas de la comunidad se interrumpirán, al menos mientras dure el período para el que se ha sido elegido.

Todos estos hechos, y otros más, pueden producir, pues, cambios transitorios o permanentes en la migración temporal, según sea su carácter y duración.

(4) Esta eventualidad fue claramente puesta de manifiesto en los estudios de caso realizados en Tigua-Chimbacucho.

5. DOS DISTINTOS TIPOS DE MIGRACIONES TEMPORALES: CONSECUENCIAS EN LA CONDICION SOCIAL Y EN LA DIVISION DEL TRABAJO FAMILIAR

Los estudios de caso realizados mostraron que unos campesinos migraban siguiendo los ciclos agrícolas, únicamente en los momentos de “paro estacional”, pero retornaban siempre en época de siembra y de cosecha, mientras que la migración de otros es constante, independientemente de los períodos en que la labor del campo requiere mayor cantidad de brazos adultos.

Según lo que se pudo colegir de los estudios de caso, son los jefes de familia jóvenes con poca o ninguna tierra los que mayormente tienden a migrar haciendo caso omiso de los ciclos agrícolas, hecho que suele producirse a causa del matrimonio. Mientras estas familias semi-desposeídas no tienen todavía hijos, es posible que ambos cónyuges migren juntos, costumbre que se trastocará completamente con el advenimiento de la prole:

“Yo sí tengo trabajando con mi mujer por aquí. Hace un año nomás es que trabajo aquí con mi mujer: ella trabajaba en la construcción conmigo; ella le ganaba seiscientos, quinientos, yo trabajaba, mil doscientos. Casi tres meses por ahí demorábamos”.

(Tigua-Chimbacucho).

En estos casos, el migrante, semidesposeído de tierras y teniendo como ocupación básica y casi exclusiva el trabajo asalariado en la construcción, es un obrero urbano con la particularidad de que reside en el campo; al mismo tiempo, toda su familia ha quedado convertida en semi-sobrante en relación con la capacidad de retención y de posibilitar su normal reproducción que tiene un determinado ámbito social: siendo el padre un trabajador urbano, la familia en conjunto es semiproletaria si tiene aunque sea una mínima parcela o algún ganado; en caso contrario estaremos frente a una familia de campesinos sin tierra.

En el caso de familias jóvenes con recursos en el campo, la constante migración temporal del jefe, su imposibilidad de ocuparse más que tangencialmente de las faenas del agro, variará fundamental-

mente la división familiar del trabajo. La función del padre continúa siendo aportar el grueso de los recursos que posibiliten la reproducción de la familia, pero ahora ellos provienen de la ciudad, del salario.

“El trabajo de la casa es muy duro y Francisco sólo trae la plata nomás”

(San Isidro).

Así que las faenas agrícolas, que tradicionalmente han sido no sólo dirigidas sino también realizadas por el hombre adulto, con la asistencia de la mujer y la ayuda-aprendizaje de los hijos (Martínez y Rendón, s.f.), pasan a convertirse en dominio femenino. Al mismo tiempo, la mayor presencia de la mujer en la chacra recargará los deberes de los niños (y especialmente de las niñas) en la casa-adentro:

“Ya tenía que venir a ayudar en la casa, por eso jue qui le sacamos de la escuela”

(San Isidro).

Otro grupo de campesinos que migra independientemente de los ciclos agrícolas es el conformado por hijos jóvenes, pero la incidencia de este tipo de migración parece ser menor entre ellos, cuyo alejamiento de la parcela paterna expresa que su trabajo ya resulta excedente para el tamaño de las propiedades:

“Ya no tenía qué hacer”

(Cotacachi).

En este caso el migrante es relativamente excedente para la familia —como unidad productiva—, pero si para él resulta factible continuar residiendo en la familia —como unidad doméstica es precisamente gracias a la migración temporal que lo ha transformado en trabajador urbano. La división familiar del trabajo, como puede comprenderse, no resulta afectada, y tampoco la condición campesina del conjunto familiar.

Finalmente, también suelen migrar sin regirse completamente a los ciclos agrícolas parte de los esposos de familias jóvenes arrima-

das al hogar paterno.

Pero hay otros campesinos que rigen sus migraciones según las necesidades del ciclo agrícola, abandonando el trabajo urbano en cualquier momento en que su parcela requiera del trabajo adulto. Generalmente son jefes de familias nucleares adultas con una mediana cantidad de tierras, así como parte de (o todos) sus hijos varones mientras no forman una nueva familia:

“Sólo salen cuando falta trabajo aquí: salen un mes, se regresan, salen dos meses, se regresan”

(Cotacachi).

Si en los anteriores casos se trataba de trabajadores urbanos con residencia rural, ahora estamos frente a campesinos semiproletarios

que dependen básicamente de la explotación de sus propios medios de trabajo agrícolas y que sólo esporádicamente salen a vender su fuerza de trabajo a la ciudad. Dependiendo del grado de semiproletarización, propia y/o de otros miembros de su familia, así como de la magnitud y calidad de los recursos propios, la familia en conjunto será también semiproletaria o campesina. Asimismo, la división de labores al interno de la familia no se ve muy sacudida, aunque no por ello dejen de resentirse las anteriores pautas.

6. EL MIGRANTE Y EL MERCADO LABORAL DE LA CONSTRUCCION URBANA

Una de las principales características de los migrantes temporales que vienen a Quito a trabajar en la construcción es el gran lapso que llevan haciéndolo, a tal punto que puede afirmarse que se trata ya de una “forma de vida” (Mauro, op. cit.). Casi un 55% de ellos lleva aquí más de 5 años (la mitad de los cuales duplica ese tiempo), no siendo raros los casos de aquellos que han pasado 15 o 20 años en el péndulo de la migración temporal: son, pues, parte integrante del mercado laboral urbano de la construcción. Unos más que otros han sido atrapados por el capital, convertidos en patrimonio suyo:

“Casi casi no tienen tiempo para el trabajo, también para ser agricultor; no dan permiso para particular, uno queda amarrado ya trabajando allí”
(Quibiyungo).

Así que la interrupción final de la vida de migrante temporal no dependerá tanto de las necesidades reproductivas (individuales, familiares o de la parcela misma), cuanto de los requerimientos del capital: esto es, no siempre durante toda la duración de la obra, ni, mucho menos, durante toda la vida del trabajador —sino mientras se lo considere útil para la producción de plusvalía—. Siendo su origen el de la población excedentaria precapitalista, el migrante temporal está siempre transitando a la sobrepoblación capitalista.

De manera que al reproducir las condiciones de pervivencia de la parcela, el migrante ya no reproduce la producción campesina tradicional: está reproduciendo las condiciones de reproducción de fuerza de trabajo para el capital, la suya y, muy seguramente, la de sus hijos también.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- CORAGGIO, José Luis. Posibilidades de una planificación territorial para la transición en América Latina. Documentos CIUDAD No. 12, CIUDAD, Quito, 1983.
- L. MARTINEZ, Marielle P. y RENDON, Teresa, con la colaboración de LAN-DAZURI, Gisela. Las unidades domésticas campesinas y sus estrategias de reproducción. Mecanografiado, México, s.f.
- MARX, Carlos. Grundrisse. Ed. Grijalbo, México, 1978.
- MARX, Carlos. El Capital. Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 1976.